

Un mundo demasiado próximo

Kay Kenyon

Traducción:
Álvaro Sánchez-Elvira Carrillo



Libros publicados de Kay Kenyon

EL OMNIVERSO Y LA ROSA

1. Un destello en el cielo
2. Un mundo demasiado próximo

Próximamente:

3. *City Without End*

Título original: *A World Too Near*
Primera edición

© Kay Kenyon, 2008

Ilustración de cubierta: © Stephan Martiniere

Derechos exclusivos de la edición en español:

© 2010, La Factoría de Ideas. C/Pico Mulhacén, 24-26. Pol. Industrial «El Alquitón».
28500 Arganda del Rey. Madrid. Teléfono: 91 870 45 85

informacion@lafactoriadeideas.es
www.lafactoriadeideas.es

ISBN: 978-84-9800-572-1 Depósito legal: B-6176-2010

Impreso por Litografía Rosés S. A.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra. 5

Con mucho gusto te remitiremos información periódica y detallada sobre nuestras publicaciones, planes editoriales, etc. Por favor, envía una carta a «La Factoría de Ideas» C/ Pico Mulhacén, 24. Polígono Industrial El Alquitón 28500, Arganda del Rey. Madrid; o un correo electrónico a **informacion@lafactoriadeideas.es**, que indique claramente:
INFORMACIÓN DE LA FACTORÍA DE IDEAS

En memoria de nuestras madres,
Catherine Kenyon y Kathleen Overcast

Agradecimientos

Al escribir este libro, me resultaron muy útiles la experiencia y los consejos de mi agente, Donald Maass, y también los de mis colegas Karen Fishler y Barry Lyga. Les doy las gracias por su perpetua dedicación a esta saga a medida que se iba desarrollando. Estoy en deuda, especialmente, con Robert Metzger por sus consejos sobre física y ficción, una conjunción de talentos que envidio profundamente. A nivel local, estoy en deuda con Pat Rutledge, propietario de la librería A Book for all Seasons en Leavenworth, Washington. Todo mi amor y agradecimiento a mi marido, Tom Overcast, mi más firme apoyo y primer lector de todos mis borradores y de innumerables páginas. No podría desear mejor correctora que Deanna Hoak. Quiero dar las gracias especialmente a mi editor, Lou Anders, el director editorial de Pyr, por su entusiasmo y empeño en llevar esta saga a la imprenta, que incluye la fantástica contribución del artista Stephan Martinieri.

Primera parte
Una rosa en llamas

Muro de tempestad, el Destello verás,
Muro de tempestad, como la noche en la Rosa,
Muro de tempestad, nadie ha de cruzar,
Muro de tempestad, eterno serás.

—Canción infantil

Por encima de la fortaleza el cielo se coloreaba de lavanda; era lo que pasaba por noche en este mundo. Aquí, todas las criaturas sabían, gracias a su reloj interno, qué momento del día o de la noche era: todas salvo Johanna Quinn, una mujer de la Tierra. Solo un delgado muro separaba este universo y el próximo, una tormenta perpetua que evitaba el contacto entre la Tierra y el Omniverso. O eso creían casi todos.

Johanna se apresuraba por pasillos desiertos en pos del pesado tamborileo del motor que zumbaba por encima de su cabeza, un poderoso bajo que latía en sus oídos y en la cavidad de su pecho. Al llegar a una bifurcación del camino, optó por el pasillo a la izquierda, que le recordaba su parcial y totalmente inadecuado mapa. También este era un pasillo desierto; se apresuró. Rezó por no ser descubierta, aunque tenía una coartada, por endeble que fuera.

Johanna se preguntó cómo la matarían cuando llegara el momento. Había maneras mejores y peores, y se permitió a sí misma tener una clara preferencia, que creía que le correspondía, tras tantos sacrificios. Sus captores, claro está, harían lo que les viniese en gana. Eran tarig.

Esta noche, solo un tarig habitaba la barrera de Ahnenhoon, y Johanna deseó con todas sus fuerzas no toparse con él. Su presencia en este pasillo, sin embargo, no estaba estrictamente prohibida. En los diez años que había durado su cautividad, se había ganado una cierta libertad de acción. Era como una mariposa con el cuerpo atravesado por un alfiler, capaz de moverse hacia arriba, hacia abajo y en círculo. Y esa libertad le había bastado para comprender la enormidad de su prisión, con sus miles de kilómetros de pasillos y laberintos. Aun así, pocos seres racionales vivían aquí, lo que era muestra de la confianza que sentían los tarig respecto a un posible

asalto y de su preferencia por la vida solitaria. Sin embargo, no habían previsto el caos que una única mujer podía provocar.

A su espalda, algo tiró de ella. Contuvo el aliento y se tambaleó. Pero solo era su largo cabello, que había quedado atrapado por un instante en unos cables que serpenteaban a lo largo del muro. Recogió su pelo, lo metió dentro del cuello de su túnica y siguió adelante, siguiendo el atronador retumbar del motor, que sonaba ahora con mayor fuerza a medida que se aproximaba a su ubicación.

Más adelante estaba la abertura que estaba buscando: la cubierta que rodeaba la cámara de contención. Atravesó el arco y subió a la pasarela desde la que, en caso de ataque, los defensores de la barrera podían disparar a los intrusos. Sin duda, su señor estaría muy sorprendido si supiera que Johanna era uno de esos intrusos.

Contempló un amplio valle sembrado de tecnología grandiosa y desconcertante, acres de máquinas metálicas que recorrían luces intermitentes, máquinas separadas por caminos tan estrechos como los tarig que las habían construido. Buena parte de ellas, sin duda, eran dispositivos computacionales. Junto a ellas, altos puntales cobijaban silos de material viscoso, que a su vez albergaban paneles de instrumentación, de diseño arcano y de tamaño desconcertante. Un destello ocasional anunciaba el trabajo de artefactos moleculares en sus tareas de limpieza y reparación. Desde su posición en la alta cubierta, Johanna podía ver fácilmente el gran motor que reposaba en el centro de la caverna. Vibraba y oscilaba, y su estruendo acallaba el resto de sonidos. El motor de Ahnenhoon.

Desde esta distancia parecía del tamaño de su puño. Se escindía en dos lóbulos como un corazón metálico. Podía verlo, pero no llegar hasta él. Al nivel del suelo el motor descansaba en el centro de un laberinto inexpugnable. Por eso había venido aquí esta noche: para buscar pautas. En algún lugar de esta caverna había un camino, una ruta continua que llevaba del perímetro de los muros al motor. Algún día recorrería ese camino hasta su centro. Se apoyó en la barandilla y buscó con la mirada un camino desde su ventajosa posición. Los infinitos recodos y recovecos cansaron su vista. Rezó por que su vista se agudizara, pues creía en las oraciones. Sin embargo, cada ruta que sus ojos describían en el valle de máquinas tocaba a un abrupto fin o regresaba al comienzo. El laberinto persistía.

Cerca de allí, a unos cinco kilómetros, el muro del universo formaba una barrera entre este cosmos y la Tierra. El muro, erigido con tecnologías vastas e impecables, resistía a cualquier penetración. Y sin embargo este motor orgánico podía atravesarlo, y de ese modo aniquilar todo lo que Johanna amaba: la Tierra y todo lo que era capaz de concebir la imaginación, hasta los mismos pliegues del curvado universo. No ocurriría ni hoy ni el próximo año, había dicho lord Inweer, pero sería pronto. En respuesta a la llamada de sirena del motor, el universo de la Rosa se colapsaría sobre sí mismo en un instante. Al hacerlo, se convertiría en una brillante fuente de combustible, una virtualmente eterna.

Por mucho que se esforzara, el laberinto seguía intacto. Ninguna ruta atravesaba el corazón de la cámara, o al menos ninguna que ella pudiera ver. Esta excursión había sido un fracaso. Parecía que Dios no estaba dispuesto a concederle ninguna revelación.

Sintió más que oyó una presencia a su espalda. Se giró y vio a su sirviente. La despreciable criatura la había seguido.

—SuMing —dijo Johanna, con voz tranquila.

SuMing hizo una reverencia. Al hacerlo su trenza cayó hacia delante, una gran soga de cabello que le llegaba hasta la cintura.

—¿Me has traído mi chal? Una tiene frío.

—Tu chal está en tus aposentos, claro.

—Entonces tendrás que dar un largo paseo, SuMing.

Con una sonrisa apenas esbozada, SuMing hizo una reverencia a su señora. No tenía elección; debía ir a recoger el chal. Al girarse se detuvo de repente e hizo una nueva reverencia, esta vez más pausada, cuando otra figura apareció en un pasillo lateral.

Era el lord tarig. SuMing debía de haberlo alertado. Johanna se inclinó ante lord Inweer.

—Brillante señor.

Los primeros días su aspecto la ponía nerviosa, pero ya no. El rostro de su señor era simétrico, hasta hermoso. Uno llegaba a acostumbrarse a cualquier cosa, si tenía suficiente tiempo, había comprendido Johanna. Los tarig parecían casi normales, con sus cuerpos musculosos y atenuados y sus más de dos metros de alto.

La piel de lord Inweer brillaba con un matiz cobrizo, como si fuera metálica. SuMing se marchó a toda prisa, lo que provocó que la falda con aberturas del tarig ondeara.

—Quédate —dijo lord Inweer. La sirviente se detuvo y dio media vuelta, obediente.

Sin embargo, lord Inweer no prestó atención a SuMing; sus ojos no se despegaban de Johanna, su señora.

—Johanna —dijo, con su profunda y aterciopelada voz—. ¿Dando un paseo? ¿No duermes?

Johanna había planeado qué decir si la capturaban. Con toda la desenvoltura de que fue capaz, le dio la espalda y miró abajo, hacia la cámara.

—Me llamaba. Tenía que verlo.

Con cuatro zancadas el tarig llegó junto a ella, y recorrió con la mirada el amplio vestíbulo que se encontraba treinta metros más abajo.

Johanna comprendió con pavor que estaba temblando. Respiró profundamente para recuperar el control de sí misma, pero Inweer ya lo había notado.

—¿Te asustan las alturas, Johanna? ¿O te asustamos nosotros?

—Las dos cosas —respondió Johanna, aunque solo una de esas dos cosas era cierta.

Johanna sintió en la espalda la presión de la mano del tarig, pesada y cálida, sin garras. Quizá la creía. Johanna le había servido bien, y recibía su indulgencia a cambio. Hasta hace poco, desde que les llegó la noticia de que Titus Quinn había sido visto de nuevo en la gran ciudad tarig, lejos de allí, y de que había huido, llevándose consigo todas las naves radiantes de los tarig. Ahora Inweer tenía motivos para dudar de a quién debía su lealtad Johanna. Sospechaba que aún amaba a su esposo,

y ella prefirió que lo creyera así, pues de ese modo se explicaba la agitación que sentía últimamente. Pero esperaba que Titus se hubiera olvidado de ella, pues tenía asuntos más importantes en los que concentrarse. Como este motor, si es que Titus conocía su existencia. Johanna lo había arriesgado todo para asegurarse de que así fuera, y rezaba por ello.

Inweer adivinó que Johanna estaba pensando en su esposo.

—Titus no te rescató cuando vino a la ciudad brillante. ¿Lo creías posible?

—No. Aun así... —Johanna sonrió sardónicamente—. Mi esposo siempre ha sido impredecible.

—Nos acordamos. —Una vez, hace mucho tiempo, Inweer conoció a Titus en la Estirpe, donde los tarig lo retenían. Todos los lores gobernantes lo conocían entonces. Para uno de ellos ese conocimiento supuso la muerte.

Inweer la observó con una mirada oscura y firme.

—No debes prestar atención al motor.

—No puedo dejar de hacerlo.

—Hubo otras cosas que te pedimos y que finalmente fueron posibles. ¿Lo recuerdas?

Estaba jugando con ella. Johanna se atrevió a dejar esa pregunta sin respuesta. En lugar de responder, murmuró:

—¿Por qué me lo dijiste, mi señor?

Un día, durante el ocaso, Inweer la abrazaba en sus aposentos mientras Johanna lloraba, y murmuró en sus oídos palabras que pensó que sofocarían sus anhelos. Le contó cuál era el propósito del motor.

—No deberíamos haberlo hecho si eso te priva de tu descanso. ¿Un error?

Johanna apoyó las manos en la barandilla; incluso allí podía sentir el atronador zumbido del motor.

—Quizá —dijo. *Cometiste un error, pensó, un terrible error.*

—Sí, un error —concedió el tarig—. Queríamos que abandonaras tu esperanza de volver a casa. Te hacía mal. Queríamos que estuvieras bien. —Y añadió innecesariamente—: Nunca volverás a casa.

—Si eso es cierto, entonces quiero quedarme siempre contigo, brillante señor.

—Sí —murmuró Inweer.

Aunque parecía haberse olvidado de SuMing, pronto quedó claro que no había sido así.

—SuMing —dijo—. Ven aquí.

SuMing apareció a su lado, e hizo una reverencia.

—¿Brillante señor?

Sin mirarla, con los ojos perdidos a lo lejos, el tarig dijo:

—Sube a la barandilla.

La boca de la sirvienta tembló, y después logró decir:

—Sí, señor.

Trepó a la barandilla gracias a los prácticos pantalones de su túnica y deslizó las piernas por el metal, cerrando las manos en posición. Se balanceó tan solo un poco.

—Johanna, ¿tienes frío? Estás temblando —dijo lord Inweer.

—Sí, mucho frío.

—SuMing —dijo el tarig—. Quítate la chaqueta.

Para hacerlo, SuMing tuvo que retirar una mano de la barandilla para desabrochar los nudos. Tras luchar con ellos logró deshacer los cinco y bajó un hombro para dejar caer la chaqueta, debajo de la cual descubrió un traje de corte recto.

—Dásela a tu señora.

Así lo hizo, y Johanna aceptó la prenda. Al hacerlo, ella y la aterrorizada muchacha intercambiaron miradas. La seda de la túnica se agitaba debido a las corrientes de aire que ascendían desde abajo.

—Ahora, salta —dijo lord Inweer.

Sin vacilar, SuMing se dejó caer. En un instante Inweer cogió su trenza, deteniendo su caída y provocando un terrible chillido de la sirvienta. La muchacha quedó colgada por la trenza de la mano de lord Inweer.

El brazo extendido de Inweer no se cansaba. Se giró hacia Johanna.

—¿Abro la mano?

SuMing permanecía totalmente quieta, en un aterrador silencio. Johanna deseó ser lo bastante fuerte para deshacerse de su enemigo. Pero no de esa manera.

—No, mi señor —susurró—. Le enseñaré a servirnos mejor.

Inweer ladeó la cabeza.

—Como deseas.

Johanna asintió.

Entonces Inweer alzó el brazo, levantando con él el flácido cuerpo de SuMing sin esfuerzo aparente por encima de la barandilla. Con la otra mano apartó las rodillas de la chica y la dejó en el suelo, donde SuMing se derrumbó, temblorosa. Una gota de sangre caía por su mejilla.

Inweer no prestó atención a SuMing y reanudó su conversación con Johanna.

—Todo tiene un precio —dijo, mirando el motor—. Incluso los poderosos tarig debemos pagar un precio por todo lo que hacemos.

Johanna observó a SuMing, en el suelo, con su cuero cabelludo en parte arrancado de su cráneo. Aún no podía ayudarla.

Inweer prosiguió:

—¿Comprendes cuál es el precio?

—Eso creo.

—Lo comprendes.

Al decir esto, Inweer exigía a Johanna que le exculpara por todo el asunto del motor. El universo tarig estaba desfalleciendo, y su fuente de energía se agotaba rápidamente. Solo existía un sustituto válido: el universo de Johanna. Por tanto, la destrucción de la Rosa era el precio que debían pagar por la supervivencia de los seres racionales que aquí habitaban, que vivían en lejanos dominios y luchaban por la vida y el amor. Exactamente lo mismo que deseaban las gentes de la Tierra, y que solo uno de los dos lugares podía tener.

SuMing se alejó del precipicio y se encogió sobre sí misma, incorporándose un tanto y rodeando con sus brazos las rodillas.

—SuMing —dijo Johanna—, ¿puedes caminar?

—Sí, señora —susurró la sirvienta.

—Entonces, vete a dormir. —Aunque traumatizada y herida, SuMing debía alejarse de Inweer cuanto antes.

SuMing alzó la vista. La expresión de su rostro podía ser de odio o de gratitud. Avanzó a gatas una corta distancia, sin dejar de mirar a lord Inweer. Entonces, consiguió ponerse en pie y alejarse tambaleante.

Johanna sintió un caudal frío que recorría su cuerpo: la corriente de los sucesos futuros. Podía haber sido ella quien estuviera sentada en la barandilla. Resultaba útil ver a otros enfrentarse a una muerte terrible. SuMing había sido valiente.

Inweer extendió un brazo hacia ella.

—Ahora, ¿descansarás?

Johanna dejó reposar su mano sobre la dura piel del tarig, sobre su afilado brazo.

Todo sería mucho más sencillo si despreciara a este lord tarig. Pero no era así en absoluto.

Johanna miró a los oscuros ojos a la criatura.

—Sí —dijo, en respuesta a lo que fuera que le había preguntado. Siempre debía decir que sí. Era sencillo, ya que lo amaba. En la mayoría de los casos le obedecía de buena gana, y le servía en todo salvo en una cosa.

Titus Quinn observaba con apenas un ligero recelo a sus sobrinos mientras jugaban con la colección de maquetas de trenes de ancho de vía normal más completa del mundo que no estuviese en un museo. Su valor era de algo más de medio millón de dólares, y salvo él mismo, antes nadie podía tocarla. Hoy, permitió a la pequeña Emily, de seis años, que sostuviera los controles de los trenes, y a Mateo, de once años, que limpiara con un paño una locomotora. Eran su única familia en este universo, y pensaba disfrutar de ellos hasta que regresara al otro.

—Todos a bordo —dijo Emily, anunciado la salida de la maqueta del Ives New York Central, que iniciaba en ese momento su trayecto junto a la biblioteca. Golpeó el botón de inicio con el puño, lo que hizo que Quinn se estremeciera. La locomotora de clase S echó a andar, arrastrando tras de sí cuatro vagones de pasajeros iluminados, además de vagones plataforma, de mercancías, el vagón de combustible y un vagón de cola.

Junto a Quinn, en la mesa, Mateo daba lustre al Coral Aisle con el paño especial que Quinn guardaba para las locomotoras.

—¿Cuándo volverán papá y mamá?

—Mañana, campeón. Mañana los verás.

El rostro de Mateo se entristeció.

—Quizá se queden más tiempo.

—Espera —oyó decir a Emily.

El Ives New York Central se abalanzó contra el sofá; llevaba demasiada velocidad al entrar en la curva. Quinn vio la trayectoria, y supo que llegaría tarde. Se puso en pie de un salto y gesticuló inútilmente.

—Emily...

Era demasiado tarde; la locomotora saltó por encima de las vías al salir de la curva y voló medio metro antes de plegarse sobre el vagón de combustible y los tres primeros vagones de pasajeros. Cayó al suelo con un terrible golpe.

Quinn vio las lágrimas a punto de derramarse por los ojos de Emily, y su rostro casi descompuesto por la conmoción.

—No te preocupes —le dijo—. Estos trenes son muy resistentes.

Los labios de Emily se estremecieron, pero fue capaz de conservar la dignidad.

La locomotora yacía a los pies de Quinn; aún conservaba el impulso eléctrico. Quinn apagó el sistema con una señal de sus anillos de datos, los que había olvidado que llevaba, los que podrían haber evitado el accidente si hubiera estado prestando atención.

Mateo corrió a inspeccionar los daños.

—La fastidiaste bien —le dijo a su hermana—. Lo has roto.

Quinn resopló.

—¿Un pequeño golpe como este? Claro que no. Lo recogeremos, ¿de acuerdo?

Emily asintió, sorbiendo por la nariz las lágrimas.

—¿Lo arreglaremos?

Quinn se detuvo y pensó en la pequeña niña alienígena que estuvo segura, hace bien poco, de que Quinn era capaz de arreglar cosas. El día, ya lluvioso, pareció oscurecerse por un instante. Ciertas cosas que había hecho en su misión para Minerva aún le atormentaban.

—Claro que lo arreglaremos. Pero después. —Se puso en pie; necesitaba respirar aire fresco, aunque fuera el de una gélida niebla primaveral—. Coged los abrigos, niños.

—Está lloviendo —dijo Mateo.

—Claro. Por eso necesitáis los abrigos. —Quinn salió en primer lugar, y se detuvo en el porche para abrochar correctamente los botones de la chaqueta amarilla de Emily.

Fuera, la lluvia se había convertido en una niebla húmeda, y el cielo había adquirido un matiz de gris algo más luminoso.

No era como el Destello, el brillante cielo del Omniverso, el lugar que, tras apenas unas semanas de ausencia, había comenzado a atraerle como una fuerza gravitatoria. Cuando regresara, no sería un turista, sino un invasor. *Fuego, oh, fuego*, había dicho la navitar en ese imposible río del Omniverso. *Y, Johanna está en el centro de todo*. Predijo que los tarig consumirían este universo, y que Johanna le advertiría de ello. Antes de morir.

—¿Tío Titus? —Emily lo estaba mirando. Titus aún sostenía los botones de su chaqueta amarilla.

¿Cómo podían consumir un universo, aniquilarlo en un instante? El equipo científico aseguraba que había una forma, una que evitaba de manera elegante los problemas de la velocidad de la luz y objeciones similares. Una transición cuántica. Si el universo, nuestro universo, no estaba en el estado de menor energía posible, podía realizar un salto cuántico instantáneo, lo que convertiría toda la materia, absolutamente toda, allí donde se encontrase, en plasma caliente. Esa era tan solo una teoría de entre las docenas que trataban de explicar lo que Johanna dijo que los tarig podían hacer. Y estaban comenzando a hacerlo, en Ahnenhoon.

—¿Tío Titus? —repitió Emily, mientras trataba de alejarse.

Titus la dejó ir.

—Quédate cerca, donde pueda verte, ¿vale?

Emily echó a correr por la arena hacia su hermano, que la esperaba.

Cuando Titus estaba junto a Emily y Mateo, los tarig parecían lejanos, apenas creíbles. Incluso tras años junto a ellos, sabía muy poco. ¿De dónde venían los tarig, en realidad, más allá de las leyendas que ellos mismos fomentaban? ¿Cuáles eran los límites de sus poderes? ¿Cómo eran capaces de manipular la materia y la energía? Guardaban muchos secretos, e incluso los seres racionales que les conocían bien no comprendían los misterios más profundos de los tarig.

Miró a Emily, que correteaba por los montículos de arena, con los brazos extendidos para mantener el equilibrio. La hija de Titus amaba el océano. ¿Lo echaba Sydney de menos, allí donde se encontrara? Ahora sería una adulta, y sin duda había dejado muy atrás los cubos de arena y las colecciones de conchas. Quizá también le había olvidado a él, aunque ese era un pensamiento que apenas toleraba. Caminó a zancadas más amplias para no perder a los niños de vista. Corrían por la playa, y Quinn echó a correr también en la gélida y húmeda niebla.

Una figura apareció entre la bruma, cerca de las dunas. Titus se sobresaltó. La playa en su totalidad le pertenecía. Los intrusos no eran bienvenidos.

La figura permaneció de pie en la playa; vestía una parka y lo que parecían ser pantalones de traje y zapatos de la ciudad.

—¿Quién diablos es usted? —dijo Quinn. El extraño guardó silencio.

—¡Niños! ¡Venid aquí ahora mismo! —Quinn se acercó al intruso—. Bien, ¿quién diablos es usted?

El hombre lucía una barba de dos días y sus ojos eran azules y de mirada penetrante, aunque parecían acuosos, como si no estuvieran acostumbrados al aire salado. La brisa removía su cabello gris. No se movió ni respondió.

—Me estás cabreando —le gruñó Quinn—. Esta es una propiedad privada.

Por fin una reacción, un gesto mordaz.

—¿Propiedad? ¿Como ese otro lugar? Ya sabes, ese que nos pertenece a todos. No solo a ti, Quinn.

El intruso sabía su nombre. Quinn fue repentinamente consciente de que no iba armado. Por lo general, cuando salía, llevaba consigo un cuchillo, un artefacto de otro lugar. Pero no hoy.

—Bien —replicó Quinn—. Pero estás en mi propiedad, tío. Vete. Podrías haber intentado pedir cita. —Quinn miró hacia la playa. Los niños caminaban en su dirección.

—Propiedad —dijo el hombre. Miró más allá de Quinn, hacia el mar, hacia el horizonte—. ¿Quién crees que es el dueño de este mar? El puñetero océano. —Se acercó un tanto; el aliento le olía a güisqui—. Pertenece a todo el mundo. Igual que ese otro maldito sitio.

—¿Otro sitio?

Una desagradable sonrisa.

—Sí. El Omniverso, ¿verdad?

Quinn deseó haber oído mal.

—El Omniverso —repitió el hombre—. Así es como lo llamas, ¿verdad? No te pertenece a ti ni a tu estúpida empresa. Le pertenece a todo el mundo. ¿Crees que eres el único que quiere darse la gran vida? —El extraño habló con verdadero desprecio.

—Fuera de aquí. Voy a activar la seguridad. Será mejor que te largues.

—Claro. Hablaremos más tarde, cuando estés de mejor humor. —Enfatizó las palabras «de mejor humor» casi con truculencia—. Solo quiero que me recuerdes, Quinn. Y que sepas que lo sé. Hay muchas personas que lo saben. Tenlo en cuenta. —Comenzó a caminar para alejarse.

Mateo apareció entre la niebla y se situó junto a Quinn, que rodeó con su brazo los hombros del niño.

—¿Dónde está tu hermana? —murmuró Quinn.

La figura de la parka se alejó hacia las dunas. Ascendió la primera de ellas y se detuvo por un instante, una sombra dibujada contra el ceñudo cielo.

—Un pequeño aviso —gritó el hombre hacia Quinn con voz metálica, y desapareció por el otro lado de la duna.

La niebla dibujaba briznas, y las olas golpeaban la orilla con su habitual cadencia. Quinn, nervioso e inquieto, volvió a preguntar a Mateo:

—¿Dónde está tu hermana?

—No lo sé.

Eso hizo que Quinn saliera de su ensimismamiento.

—¿No está contigo?

—Pensaba que estaba contigo.

Quinn cogió a Mateo de la mano y corrió hacia la playa. Emily estaba más adelante. Sin duda estaba más adelante. Corrió hasta que Mateo gritó, y entonces Quinn se detuvo, pues sabía que había corrido mucho más de lo que sería capaz de hacerlo Emily en un par de minutos.

Corrió hacia las dunas gritando su nombre. No miró hacia las olas. Emily no se habría acercado a la orilla, era demasiado inteligente. El instinto de Quinn le guiaba hacia las dunas. Corrió hasta el punto en el que nacían y ascendió la primera, buscando a la niña en cada surco. No vio a nadie, y corrió hacia la siguiente duna, y después la siguiente, sin dejar de gritar el nombre de la niña. Pero nadie contestó. El hombre de la parka se la había llevado. Había sido secuestrada.

La inmensidad de ese pensamiento hizo que se le revolvieran las tripas.

—Emily—dijo, prácticamente sin respiración. Cogió a Mateo de la mano y corrió playa abajo hacia la cabaña. Solo había un camino para entrar y para salir. Recordó haber oído el sonido de un motor hace poco. Fuera quien fuera, había venido en coche.

Quinn entró en la cabaña a toda prisa para coger las llaves, y le gritó a Mateo que entrara en el coche. Cuando Quinn entró en el coche, se marcharon. Quinn pisó gas a fondo para sacar el automóvil del garaje. Al llegar a la carretera, tomó la dirección de la autopista. Dio en voz alta una alerta de seguridad; el indicador luminoso del salpicadero electrónico le señaló que había sido desactivada. Condujo a toda velocidad, a pesar de la escasa visibilidad a causa de la niebla.

—¿Se ha llevado ese hombre a Emily? —preguntó Mateo con gesto triste.

—No lo sé. —Quinn trató de evaluar la situación. Era de dominio público; la gente sabía cosas que Minerva había esperado poder mantener en secreto... cosas demasiado importantes para mantener en secreto o patentar. Y ahora había gente

dispuesta a utilizar a Emily para asegurarse un pedazo del pastel. Puede que se atragantaran con ese pastel...

Un mensaje de voz procedente del sistema de reserva de seguridad le sacó de su ensimismamiento.

—Venid por aire. Ahora —respondió.

Tomó una curva a toda velocidad; la sensación prevalente era de irrealidad. ¿Cómo podía estar ocurriendo esto? ¿Cómo podía haberla perdido de vista?

—Tío Titus, frena. —Encogido sobre sí mismo, Mateo se aferraba al borde del asiento acolchado.

Sí, iba demasiado rápido. Demasiado rápido y en la niebla, con poca tracción, y con los refuerzos a punto de llegar. Pronto terminaría todo. Pronto...

Había algo en la carretera: tuvo que dar un volantazo para evitar la colisión. Quinn pisó el freno bruscamente, y los dos salieron disparados hacia el salpicadero. Apenas algunos picosegundos antes de que la cabeza golpeará el volante, una matriz de amortiguación llenó el interior del vehículo, suavizando el impacto. Las ruedas traseras se deslizaron; el coche fue a caer a una zanja y el golpe hizo que Quinn se quedara sin respiración.

Cuando se recuperó del impacto, preguntó:

—¿Mateo?

—Estoy bien —replicó una voz temblorosa.

Quinn salió del coche y corrió hacia la carretera, donde había visto una brillante luz amarilla.

—¿Emily? ¿Emily? —gritó.

Una voz aguda llegó hasta él. Tal vez era Mateo, a quien había dejado en el coche, quizá herido. Cielos, el mundo entero era un caos. Dio media vuelta. Junto a la carretera, a poca distancia, estaba Emily.

Su chaqueta aún estaba abrochada hasta el último botón, y permanecía, de pie, exactamente igual que lo había hecho en el porche. Quinn corrió hacia ella y la tomó entre sus brazos, abrazándola con fuerza. Los brazos de la niña rodearon su cuello; olían a lana mojada.

Por fin, la soltó.

—¿Dónde has estado, cariño? —preguntó Quinn con voz vacilante.

—Di una vuelta en coche. —La niña parecía preocupada.

—¿En coche?

Mateo se reunió con ellos; no parecía estar herido.

—Esa gente —dijo Emily, mirando hacia la carretera—. No quería ir, pero... —Miró a su tío por un instante y su rostro comenzó a descomponerse.

—No, cariño —dijo Quinn rápidamente, cada vez más aliviado—. No estoy enfadado contigo. No pasa nada. Estás bien, cariño. Te quiero.

Mateo miró a su hermana y sacudió la cabeza lentamente.

—La fastidiaste otra vez.

Quinn abrazó a la niña y miró la carretera de tierra, hacia donde habían huido los supuestos secuestradores. Si hubieran querido retenerla, lo habrían hecho. Solo había sido una demostración por parte del hombre de la parka.

Llevó a Emily y Mateo a un lado de la carretera y se sentó con un brazo alrededor de cada uno de los niños. Siempre había sabido que el mundo mayor se entremezclaba con el personal. Los grandes sucesos se entrelazaban con los pequeños, y así se creaban agujeros, en ocasiones eternos. Últimamente su vida había sido así.

Los cazafortunas podían irrumpir en su patio trasero y exigirle que cambiara de actitud. Podían reclamarle respuestas a ciertas preguntas inéditas en la historia del mundo. Preguntas como «¿A quién pertenece el universo de aquí al lado? ¿Y quién lo decide?».

Stefan Polich se mantuvo a una distancia segura de una caída de sesenta pisos, por mucha barandilla que hubiese. Lo que sostenía en la mano era demasiado valioso para correr riesgos. Exteriormente, tan solo era un estuche de terciopelo gris del tamaño de un billete de dólar, pero en su interior albergaba una preciada carga.

Stefan giró el estuche en su mano y oyó el leve sonido metálico en su interior, un sonido pesado, y muy caro, que lo tranquilizó. El contenido representaba miles de personas/horas, encajadas en el corto espacio de tiempo que Titus Quinn llevaba en la Tierra.

Un guardia de seguridad apareció en el borde del patio e indicó con un asentimiento que Helice Maki estaba allí.

—Un momento —murmuró Stefan. Que esperara. Esa mujer lo atormentaba: era el miembro más reciente, joven y, curiosamente, el más peligroso del Consejo. Y para empeorar las cosas, fue él mismo quien propuso su nombre.

Miró de nuevo el estuche de terciopelo gris. Estaba calibrado para mutilar, no para matar. Todos los recursos y científicos, y toda la capacidad de la quinta mayor empresa de ultratecnología del mundo le bastaban para confiar en que el artefacto estuviese correctamente ajustado. Provocaba efectos locales, y devastadores, con una secuencia de mortalidad internalizada para garantizar la contención. Creía en sus hombres cuando le explicaban esto. Rezaba porque estuvieran en lo cierto. No era un hombre dado a rezar, pero para liderar era necesaria una cierta fe. Era algo que Stefan había decidido recientemente, ahora que tenía que enfrentarse a un giro de los acontecimientos totalmente inesperado: el contacto con una civilización en la cuarta etapa, una que había creado o, al menos, había dado vida a un universo separado pero cercano. Esos seres, de ordinario, no tendrían motivos para observar a la Tierra, a Minerva y a su presidente, salvo por un hecho ineludible: su universo era poroso. Uno podía entrar y causar problemas. Los dos universos estaban vinculados, como gemelos siameses. Por desgracia, esos gemelos solo tenían un corazón para los dos.

Guardó la caja gris en el bolsillo de su chaqueta y asintió al guardia; le aterrizaba el enfrentamiento con Helice, de corta estatura e inmensa ambición. ¿Había cometido Stefan un terrible error cuando se negó a dejar que fuera ella quien pasara al otro lado? Al negarle su ambición, Helice había socavado la autoridad de Stefan siempre que había podido.

Helice apareció rodeada por tres de los guardias de seguridad más altos que Stefan había visto. Se le ocurrió que Helice parecía una humana rodeada de tarig, los seres que Quinn había descrito como alarmantemente altos y acerados. Sin embargo, en este caso la verdadera depredadora era la de menor tamaño.

Stefan la saludó, invitándola a entrar.

—Helice, pasa. Siéntate.

Helice acercó una silla a la puerta; los guardias permanecieron de pie, en sus puestos.

Stefan los miró.

—Intimidación, Helice.

—Son necios —dijo ella, empleando el término peyorativo—. Inofensivos. —Quería decir que eran estúpidos. Los necios tenían un coeficiente intelectual medio, alrededor de cien. Pero, estúpidos o no, sabían que acababan de insultarles.

Helice notó que Stefan estaba incómodo, y ordenó retirarse a los guardias con un ademán. Pasaron a la sala de estar de Stefan, desde donde no podían oír nada. Dado que el mundo había sido descubierto, los miembros del Consejo de Minerva siempre eran vigilados por guardaespaldas, una precaución frente a las empresas competidoras que quisieran averiguar el secreto del Omniverso. Habían llegado a ese punto a una velocidad increíble, desde aquel inocente día en el que un estudiante de doctorado descubriera los neutrinos que giraban hacia la derecha y el otro lugar se anunciara a sí mismo con partículas de imposible momento angular.

—Bonita vista —dijo Helice—. Se puede ver hasta el infinito. —La ciudad bullía de luces nocturnas y rascacielos iluminados, adornados por la lluvia.

—Ojalá pudiera. Ojalá pudiera ver mañana mismo. —Cuando el Consejo votaría si enviaban a Quinn ahora, o más tarde. Quizá, si Helice tenía alguna objeción, también votarían si lo enviaban o no. Alguien debía ir, y pronto, ahora que todos conocían el secreto, lo que había quedado demostrado por el incidente del hombre que había aparecido en la propiedad de Quinn ayer mismo.

Stefan sirvió dos copas de vino y se fijó en lo joven que parecía Helice. De hecho, era joven. Con veinte años, era la licenciada en Ingeniería Cuántica más joven de toda la historia de Stanford. Helice se había rodeado durante tanto tiempo de superdotados, como ella, que tenía muy poca tolerancia con la gente de inteligencia normal, e incluso con la gente de inteligencia algo superior a la normal. Stefan, por el contrario, había recibido la suficiente formación en diversidad para saber que las personas más simples también tenían su lugar, y nada malo, por cierto.

Helice interrumpió sus pensamientos.

—Cuando lo encontramos por primera vez, pensamos que nos salvaría. —Se refería, claro está, al mundo vecino. Sus habitantes lo llamaban el Omniverso, y no se les ocurría que no fuera el único.

—Sí. Eso pensamos.

—Y ahora va a acabar con nosotros. —Helice parecía melancólica, más que asustada. Quizá alguien tan joven como ella no podía imaginar su propia muerte, mucho menos la muerte de todo.

A Stefan aún le costaba asimilar las noticias que Titus Quinn había traído consigo. Que, para preservar su mundo antinatural, los señores del Omniverso consumirían uno natural. No actuarían por malicia ni por maldad; sencillamente, necesitaban este universo para sobrevivir. Una vez los motores tarig hubieran alcanzado la temperatura adecuada, la combustión sería instantánea, y se formaría una bola de fuego concentrada que haría durar el Omniverso miles de millones de años. Era un acto despreciable, como comerse a un niño.

Ya era bastante sorprendente descubrir una civilización alienígena. El hecho de que superara tan ampliamente cualquier logro humano lo conmocionaba. Según Quinn, los tarig habían encontrado un universo yermo y le habían dado forma a su antojo. Con poderes como esos, ¿qué podía hacer la Rosa, como llamaban a nuestro cosmos?

Stefan acarició la caja gris; su contacto lo reconfortó.

—Enviar a Quinn es un error —dijo Helice.

—Quizá. Pero no hay tiempo para entrenar a nadie más. —Desde el breve secuestro de Emily, se habían apresurado para ganar tiempo. Comenzaban a aparecer facciones enfrentadas—. Tenemos que actuar con rapidez.

Helice se encogió de hombros.

—Dejemos que sea el Consejo el que decida eso.

—Quizá esto sirva para convencer al Consejo. —Sacó el estuche gris y lo dejó encima de la mesa, ante ambos.

Los ojos de Helice lo contemplaron, y después se entrecerraron.

—Vaya, veo que estás listo. —Su frente palpitaba, indicando que estaba pensando; pensando más rápido y mejor que la mayoría.

Stefan abrió la caja y mostró la pulsera. Al percatarse de su expresión, dijo:

—No te preocupes, está vacío. El nan aún tardará unos días en estar listo. Pero esta cadena es lo que Quinn llevará consigo cuando vaya allí. Creará un colapso local limitado pero efectivo. Todo lo que esté en un radio de un kilómetro y medio caerá en un caos a nanoescala. Las estructuras sólidas se convertirán en fango.

—Y las personas.

—Sí, si están en las proximidades.

Helice cogió el objeto de quince centímetros de largo. Era pesado, y parecía confundirse con su mano.

—Lo llamamos nicho —dijo Stefan—. Lo llevará en el tobillo. —Le arrebató el objeto a Helice—. Es hueco, aunque no parece muy grueso a simple vista. Cuando esté activo, será molecularmente denso, cargado de nan. —Señaló tres marcas en el objeto—. Quinn pulsará estos vínculos en un determinado orden, que reunirá el nan en un flujo, para compartir información. Después, creará un impulso capaz de mutar los entornos en los que sea liberado.

—Impulso.Quieres decir una conversión a nanoescala.

—No nos gusta usar esa expresión. —Desde que la tecnología nan empezó a ser práctica, los alarmistas habían avisado: el proceso molecular podía descontrolarse, e iniciar una reacción en cadena—. Lo mantendremos bajo control —dijo Stefan—. Hay un sistema de fase que desactiva la secuencia después de una hora.

Le indicó a Helice que extendiera la mano. Cuando así lo hizo, Stefan deslizó el objeto alrededor de su muñeca y unió los dos extremos entre sí para formar un anillo.

—Ese es el primer paso, formar un anillo. Después de pulsar los códigos en las marcas, el tiempo es de cincuenta minutos. Suficiente para que Quinn se aleje lo más posible.

Helice inclinó la mano, y la cinta metálica cayó de su muñeca a la mesa.

—*Ups*. Menos mal que no está cargado.

Stefan la miró. Había dejado caer un brazalete de mil millones de dólares. Stefan lo cogió y colocó de nuevo la cadena en su estuche. Trató de conservar la paciencia.

—Se lo daremos en cuanto el Consejo decida la fecha. Cuanto antes, mejor. Quizá Quinn no sea la opción ideal, pero es todo lo que tenemos, me temo.

—Todos sentimos temor. También el Consejo.

—No todos. Solo tu gente. —Claro está, solo hacía falta un cincuenta y uno por ciento para arruinarlo todo. Podían ponerse de acuerdo con Helice en que Titus Quinn era demasiado extraño, demasiado intenso. Dirían que necesitaban a alguien con mayor control de sí mismo. Alguien como Helice. Sentada frente a él, con semejante arrogancia, casi parecía como si hubiera contado ya los votos y confiara en sus posibilidades.

Helice contempló la ciudad.

—Solo tienes que aceptar algunas condiciones.

—¿Enviarte a ti en lugar de a él? —¿Cómo era posible que siguiera insistiendo? Era joven e inexperta. No conocía el idioma, no tenía una coartada cultural decente. No sabía nada de aquel lugar excepto lo que Quinn había contado en las reuniones. En opinión de Helice, además, Quinn se había guardado muchas cosas para sí: el nombre del lord tarig que podía ser corrompido, por ejemplo. Todo ello para hacerse a sí mismo indispensable.

—Sí, envíame a mí. —Helice lo miró con ojos en los que no se percibía ni un ápice de buena voluntad—. Yo me encargaré. Ese hombre puede echar a perder nuestra única oportunidad. Allí no saben que conocemos sus planes. Aún no estarán en guardia. Tenemos una oportunidad para eliminar Ahnenhoon de la ecuación. Si Quinn lo estropea, si va en busca de su hija o lo que sea, no tendremos una segunda oportunidad. Adiós a la Tierra, y a las estrellas. Todo se convertirá en combustible. —Sonrió encantadora—. Esto es lo que le diré al Consejo mañana. ¿Te gusta?

—No. —Stefan se puso en pie y se acercó a la barandilla. Sus manos dejaron marcas de sudor en ella. Miró abajo y sintió un leve estremecimiento por la altura. Cielo santo, los tarig querían consumir la Rosa como una fuente inagotable de carbón. Quizá les llevara unas décadas, pero ya habían comenzado el proceso. Estrellas borradas de la existencia...

Se giró hacia ella, lleno de frustración.

—¿Qué quieres, Helice?

—Ganar. —La mujer se unió a él junto a la barandilla.

—¿Con qué te conformarías?

—No creo que tenga que conformarme con nada.

Stefan contempló un muro de lluvia traído por la niebla proveniente del río y reflejado por el control climático de la terraza.

—¿Sabes lo que me molesta? No te creo. No piensas de verdad que Quinn fracasará. Tan solo quieres ir allí tú misma, y lo sacrificarías todo por hacerlo. Lo siento. Eso no te deja en muy buen lugar, me temo.

—No lo niego. Quiero ir.

—Eso hace que no pienses con claridad, ¿sabes?

Helice habló ahora con voz grave y profunda.

—Yo estaba allí cuando regresó. ¿Recuerdas? Le escuché durante semanas. Cada día le interrogábamos, durante seis o siete horas seguidas. Y sí, estaba intrigada. Habría que ser de piedra para no... para no querer ir. Las criaturas. Esas especies inteligentes. Los muros de tempestad. Quiero ver esas cosas por mí misma. Eso es lo que quiero. —Helice contempló la lluvia como si ya las estuviese viendo—. Hay otras razas inteligentes ahí fuera, Stefan. Quizá de otro modo nunca seamos capaces de encontrarlas. Pero están allí. Sí, quiero ir.

Después de una pausa, dijo:

—Pero ese no es el motivo por el que me ofrezco voluntaria. No esperaba que me creyeras.

—Solo dime qué hace falta para no escuchar tu discurso mañana en el Consejo.

—Envíame con él —dijo, simplemente—. Si él va, me parece bien. Pero quiero acompañarle.

Stefan miró a Helice con nuevos ojos. Era capaz de hacer ciertas renunciaciones, tanto lo deseaba. Anhelaba el Omniverso de una manera extraña e irracional. Probablemente su fascinación había sido provocada por el modo en que el lugar había afectado a Quinn. Un hombre obsesionado. Había sido Quinn quien le había metido la idea en la cabeza, siquiera lentamente, al principio, sin que ni ella misma se diera cuenta.

No pensaba rendirse; Stefan lo sabía. Acarició con el dedo el estuche de terciopelo que llevaba en el bolsillo. Todo dependía de ese pequeño objeto, y de que llegara al lugar adecuado: el cuartel general del enemigo.

—Bien —dijo Stefan—. Irás.

Una sonrisa adornó los labios de Helice, y allí permaneció.

—Si estás decidida, asegúrate de que tus documentos estén en orden. —Resultaba esclarecedor que a Stefan se le ocurriese en ese momento que quizá Helice muriera en el Omniverso.

—Gracias, Stefan —susurró Helice.

No era un buen acuerdo. Helice podía ser una carga para Quinn. Podía arruinar su disfraz si metía la pata o decía lo que no debía. Por otro lado, y esto quizá era más importante, Helice podía evitar que Quinn se saliese del plan previsto.

Ahora que había superado la última barrera que se interponía en la marcha de Quinn, Stefan dejó que en su mente se mostrase su desagradable imagen tomando posesión del nicho. Quinn, el hombre que, hasta hace muy poco, había sido un ermitaño medio loco.

—¿Crees que lo logrará? ¿Le crees capaz de centrarse en lo que necesitamos?

—Si he de ser franca, no creo que sea tu hombre. Está demasiado implicado a nivel personal. La hija, la mujer... Su hogar es, o era, el Omniverso.

—Pero este —Stefan extendió las manos al frente— es su mundo. Dependemos por completo de él. No le tengo demasiado aprecio, pero no es un cobarde.

—Quizá no —concedió Helice—, pero la pregunta es, ¿preferirá salvarnos, o buscar a su hija?

—Al diablo con su hija —murmuró Stefan—. ¿Por qué no murió, igual que su madre?

Helice miró con gesto seductor a Stefan.

—Siempre puedes darme el nicho a mí.

La mujer era implacable.

—Digamos que serás una reservista. Si él fracasa, tú te encargarás de él. —Todos los miembros del Consejo albergaban dudas acerca de la idea de poner en peligro el Omniverso con esta nanoarma. Era una región muy valiosa, y en muchos aspectos el futuro de la empresa dependía de ella. Pero antes de que Minerva pudiera sacar provecho del Omniverso, tenían que vencerlo. Hay quien consideraría eso de poco gusto. Pero Stefan sabía que Helice Maki no tenía escrúpulos de ese tipo. Se aferraría a la misión como un pitbull.

Helice asintió, radiante.

—Puedes contar conmigo, Stefan.

Stefan imaginó el furor que provocaría cuando se lo comunicase a Quinn.

—No le gustará que vayas con él, ¿sabes?

—No te preocupes —dijo Helice—. No vamos a decírselo.

Una inquietante mezcla de éxtasis e inocencia adornaba el rostro de la joven. Titus Quinn observó sus fluidos movimientos al otro lado de la ventana de la Sala Abisal, ese tanque lleno de luz en el que, como ingeniera mCeb, la mujer programaba el cerebro. Sus labios se movían mientras pronunciaba en voz alta los códigos, pero, al no disponer de audio, la impresión que daba era la de una mujer bailando en la luz.

Quinn habló a Caitlin, que estaba a su lado:

—Parece demasiado joven para entrenar a un mCeb.

—Tienes que ser joven para hacerlo, ¿recuerdas? ¿Quién si no podría mantener el ritmo?

El almacén vacío era una nueva adquisición. A Quinn le preocupaba que Caitlin estuviese aquí con tan solo dos guardaespaldas, que era de esperar que estuviesen acechando entre las sombras, aunque Quinn no había llegado a verles. Lamar Gelde esperaba fuera, junto con dos coches repletos de miembros del equipo de seguridad, todos ellos incómodos por tener que hacer una pausa no autorizada relacionada con los asuntos privados de Quinn.

—Es una experta en renormalización —prosiguió Caitlin—. Este cerebro no es del todo nuevo. Solía trabajar en desalinización costera. Lo está entrenando de nuevo, para que vea las cosas a nuestra manera.

A Quinn no le gustaban las referencias antropomórficas. Los mCebos eran solo máquinas, no verdaderos cerebros ni una especie de inteligencia artificial. Los procesadores cuánticos no equivalían a la conciencia.

En la Sala Abisal, la ingeniera dio media vuelta. Dejó caer los brazos, y la luz del campo mental se apaciguó un tanto. Miró hacia donde estaban Quinn y Caitlin, plácidamente, con esa mirada hostil e impenetrable de los que están totalmente absortos en sí mismos.

—¿Puede vernos? —preguntó Quinn.

—Sí, si nos está prestando atención. Pero creo que aún está pensando.

Pensando. Cuando se decía eso de un erudito, uno que investigaba los límites superiores de la inteligencia humana, se decía con respeto. Hoy en día el esnobismo

normal se metastatizaba en algo realmente desagradable, que establecía un cisma entre los mediocres como Caitlin y los listillos como esta joven ingeniera. A Quinn le parecía terrible esa división basada en la inteligencia, en un mundo en el que los rigores de la física cuántica avanzada y la ingeniería biomolecular superaban el entendimiento de todos salvo unos pocos. Él era uno de esos pocos, pero había abandonado los honores más avanzados por una carrera como piloto estelar de primer nivel. Poco inteligente...

Quinn y Caitlin abandonaron la cámara de observación y entraron en el almacén propiamente dicho, que pronto sería la sede de la nueva empresa de *software* de Rob y Caitlin. Caitlin se detuvo ante una puerta doble de madera e introdujo su código en la superficie inteligente, lo que desactivó el cerrojo.

Entraron en el acogedor despacho, adornado con una alfombra de color rosado y un caro escritorio, y con vistas a zonas verdes; poco que ver con la anterior vida de Rob, asistiendo a los cerebros como un mozo de establo. Ahora Rob era un empresario, gracias a los millones de su hermano, conseguidos en forma de honorarios por su trabajo en el Omniverso. A Quinn le alegraba que su hermano hubiera cedido finalmente y aceptado el préstamo.

Caitlin se sentó en un sofá de cuero. Quinn se sentó junto a ella, satisfecho de poder estar a solas con ella por unos instantes: deseaba contarle a lo que se enfrentaba. Caitlin siempre había sido su confidente. Pero no podía decirle nada, para no ponerla en peligro. ¿Y qué iba a decirle, de todos modos? *El mundo terminará en una gran bola de fuego, Caitlin. Crees que el mundo es eterno, pero no lo es. Es frágil. Un bosque seco que solo aguarda una chispa que encienda el fuego. Eso es la materia. Fuego latente.* Quinn imaginó un viento caliente recorriendo Portland, una tormenta de calor y humo... y ahuyentó la imagen.

—¿Cómo está Emily?

—Bien, gracias a Dios. Todo salió bien. ¿No sigues pensando que eres responsable, verdad? —Caitlin negó con la cabeza—. Iré a por unas copas. —Caitlin rebuscó entre las cajas del suelo; colocó su cabello rubio oscuro detrás de la oreja cuando cayó ante sus ojos, en un gesto despreocupado y femenino. Encontró dos tazas y una botella de güisqui.

—No tengo mucho tiempo, Caitlin.

Caitlin hizo una mueca.

—Tienes tiempo, Titus. Tienen que esperarte. Controlan muchas cosas, pero no todo.

Tenía razón. Quinn no era el esclavo de la empresa. Era la única persona que había estado en el otro lugar y sabía cómo sobrevivir allí. Lo que había querido contarle a Caitlin, y no había podido, era que quizá no regresara. Iba a internarse en una fortaleza tarig. No había pensado demasiado en una posible huida. No podía pensar en nada más allá de Ahnenhoon.

Caitlin le sirvió un trago, y brindaron.

—Voy a volver, Caitlin —dijo finalmente Quinn—. Me marchó mañana.

Caitlin miró a Titus. Tuvo que dar un trago para amortiguar el golpe. Tan pronto; cuando por fin se había acostumbrado a tenerlo de vuelta, y con ese rostro alterado,

más estrecho, los ojos demasiado oscuros, cubiertos por esas lentes que supuestamente hacían que sus ojos fueran azules. A Caitlin le pareció detectar un matiz ámbar alrededor de sus iris. Y sin embargo, cada vez que hablaba veía al viejo Titus. Era único en sus gestos, en su manera de moverse y de pensar. Cuando Caitlin se casó con Rob, pensó inocentemente que podría parecerse en algo a su hermano. Pero Rob solo era Rob, y las recientes vacaciones no habían ayudado.

—Me preocupas, y también los niños—dijo Titus—. Odio tener que marcharme así. Caitlin gesticuló en torno suyo.

—¿Lamentas que tengamos la empresa de nuestros sueños, que trabajemos para nosotros mismos y que ni siquiera necesitemos trabajar?

—Lamento que esos cerdos os estén acosando como moscas en una comida campestre.

La mayor mosca era Stefan Polich, el hombre que había amenazado personalmente con destruir los próximos resultados del test de su hijo si Caitlin no espiaba a Titus e informaba de él. Caitlin había esperado represalias cuando le dijo que se fuera al cuerno. Ahora que Titus se iba a marchar, Caitlin se mentalizó de que algo parecido podía ocurrir.

—Sobreviviremos—dijo—. No me asusto con facilidad. Además, ¿qué puedes hacer tú? Vas a marcharte. Tienes que marcharte.

Titus no le había contado el motivo. Y ella no lo iba a preguntar. Titus daba la impresión de tener en qué pensar. Sin duda, se trataba del universo vecino, el lugar en el que Sydney quizá estuviera viva. Caitlin había visto a Sydney y a su madre por última vez en el aeropuerto privado de Minerva. Johanna cogía la mano de Sydney, que sostenía una bolsa, igual que su padre. Esa fue la última vez que Caitlin vio a su sobrina y a su cuñada.

Deseó no haber llegado a conocer la muerte de Johanna. Esa información había eliminado una barrera entre ella y Titus. Él debía de amar a alguien. Un hombre como él tenía que amar a alguien ferozmente. Ahí estaba ella, la buena esposa y madre, la cuñada obediente, que nunca rompía las reglas, que nunca se dejaba llevar.

Su mano tembló al servir otro trago de güisqui.

Titus lo interpretó erróneamente y dijo:

—Te conseguiré más seguridad. Esta vez, serán mis hombres.

—Titus, no. No voy a vivir de esa manera. Déjalo. Además, ¿crees que estaremos menos seguros porque tú te marches? ¿Después de lo que ocurrió en la playa? Márchate, a todos nos irá mejor. —Si se marchara, no habría peligro de que Caitlin se dejara llevar. Eso beneficiaría a todo el mundo.

—Si trastean con el test de Mateo, ¡alquilaré un barco solo para colgarles del palo mayor!

Caitlin sonrió ante la bravuconada.

—Pero nunca lo sabremos si lo hacen. O los resultados le dan como genio o no. —A Caitlin no le extrañaría que Mateo perteneciera al grupo de los superinteligentes. Tenía la herencia genética de su tío, de su abuelo.

Titus miraba por la ventana, pero no veía nada en realidad, o eso le pareció a Caitlin. Le parecía que ya se encontraba en ese otro lugar.

—Hay cosas terribles allí —murmuró Quinn. Quizá estaba viendo ese mundo ahora mismo, en lugar del bosque que se veía por la ventana—. Pueden hacernos daño.

—Titus. —Un pensamiento desagradable la asaltó—. Estás en peligro. Este viaje no es solo para rescatar a Sydney, ¿verdad?

Siguió un prolongado silencio.

—Si no regreso —dijo finalmente Quinn—, quiero que os lo quedéis todo. Tú y Rob. Todo lo que tengo. Lo necesitaréis.

Caitlin dejó su taza en la mesa. No quería hablar de dinero, ni de la vida sin Titus.

—Te necesitamos, Titus —dijo, aunque en realidad quería decir «Te necesito». Pero ella era la virtuosa y obediente cuñada. Menuda mierda.

Le miró, y bajó la guardia.

—No está funcionando. Lo mío con Rob no está funcionando. —Titus frunció el ceño; al verlo, Caitlin dijo—: Sé que quieres que seamos felices juntos. Quieres que seamos una familia perfecta. —La amargura de su voz la sorprendió incluso a ella misma. Titus no respondió; prosiguió—: Quieres que seamos lo que fuimos una vez. Pero no lo somos. Solo somos Rob y Caitlin, y no es suficiente. Nunca lo será.

Quinn negó con la cabeza.

—Sabía que teníais problemas. Rob no siempre...

—¿Qué? —Caitlin dejó que esa pregunta flotara en el aire por unos instantes—. Tú no eres él, Titus. —Pronunciar esas palabras fue un alivio tal que sintió como si hubiera estado llevando sobre sus hombros el peso de una montaña y se hubiese librado de él. No, Rob no era una criatura con deseos, luchadora, con pasiones urgentes e impías y anhelo por la aventura. Por una vez en la vida le gustaría que un hombre le hiciera el amor como si hubiera vendido su alma por hacerlo. Cerró los ojos. Dios, todo era un maldito desastre. Cuando los abrió, pesadas lágrimas se acumularon en ellos.

No estaba segura de quién se movió primero. Habían estado sentados el uno junto al otro, y de repente se encontró entre sus brazos; las lágrimas eran la justificación. Al diablo con ellas. Caitlin quería que la desvistiese allí mismo, en el sofá.

—Por favor, Titus —susurró.

—Caitlin, Caitlin —jadeó en respuesta Titus.

Caitlin apartó el rostro del hombro de Titus y le besó. No pudo hacer nada por evitarlo, y le alegró que así fuera. Las manos de Titus acariciaron su cabello; la besó de nuevo. Titus estaba al mando, de eso no había duda, y Caitlin haría cualquier cosa, deseaba que la llevara al límite. Sus manos la tocaban, y Caitlin casi gritó de placer.

Entonces, Titus se retiró. Acarició con las manos el rostro de Caitlin y la miró con una intensidad que hizo que se estremeciera.

Titus se puso en pie y dio media vuelta.

—Dios —susurró.

En un instante Caitlin lo comprendió todo. Le estaba diciendo que no, evidentemente. No podía ser el hijo de puta que se acostara con la mujer de su hermano.

—Caitlin —dijo—. No puedo. No podemos hacer esto.

—Habla por ti —dijo ella, respirando profundamente.

Quinn la miró; su rostro parecía debatirse entre sentimientos opuestos.

—Eso hago.

Caitlin se tranquilizó, y se colocó el pelo tras las orejas.

—¿Es por Johanna?

—Es por Rob.

Caitlin asintió. Quería que hablara claro, que quedara claro que se iba a marchar y que no iba a volver.

—¿Crees que podrías haberme amado?

Quinn la miró con el rostro tenso por las emociones.

—Dios, Caitlin, ¿cómo puedo responder a eso? ¿Cómo puedes preguntarme eso?

Sabía que no era una pregunta justa. Cualquier respuesta haría que se sintiese desgraciada. Se puso en pie y alisó su vestido.

—Me conformo con saber que podrías haberme follado.

Quinn sostuvo el brazo de Caitlin.

—Eso es horrible.

Caitlin lo sabía. Sonrió, y apartó los brazos de Quinn con suavidad.

—Lo siento, Titus. En estos momentos no estoy pensando con claridad. Ninguno de los dos lo hace.

Quinn retrocedió y trató de serenarse. Sin embargo, no estaba dispuesto a cambiar de tema aún.

—¿Ah, no? ¿No pensamos con claridad? Aún puedo dejarme llevar. ¿Y tú?

—No —dijo Caitlin, y esbozó la sonrisa más tensa que había fingido jamás.

Titus se quedó mirándola.

—Vete, Titus. —Cuanto antes se marchara, mejor. Se sentía como yesca cerca de un pedernal. Quería que las llamas la consumieran. Pero también era capaz de tener la esperanza de que simplemente se marchara.

—Tú y Rob —comenzó Titus—... lo siento.

—No es culpa tuya. —No era culpa suya ser el carismático hermano mayor—. Nos las apañaremos. Siempre lo hacemos.

Quinn no se decidía a marcharse. Finalmente, pronunció las palabras que ponían fin a todo:

—No estoy diciendo que debas seguir con Rob. No es asunto mío, lo sé. Pero si no lo haces, yo no estoy en la lista de espera, Caitlin. No podría estarlo y seguir viviendo conmigo mismo.

—Lo sé —susurró Caitlin. Lo más terrible era que lo sabía. Entendía que así debía ser—. Ve a buscar a esa niña —le dijo—. Y vuelve a casa. —Realmente esperaba que así fuera, con todo su corazón.

Después, Quinn se marchó.

—¿Se lo ha tomado mal? —dijo Lamar Gelde con gesto de preocupación al mismo tiempo que Quinn se acomodaba en el asiento trasero del coche de la empresa, rodeado de una caravana de coches de seguridad.

—Sí.

Aceleraron en cuanto llegaron a la lisa superficie de la radial.

Lamar asintió. En sus setenta y seis años, nunca se había casado. Nunca había estudiado el comportamiento de las mujeres. A pesar de ello, dijo, con elaborada apatía:

—Las mujeres odian las despedidas.

—Sí.

La ciudad era un borrón al otro lado de los cristales; el vehículo de seguridad se incorporó al automatizado caudal de la autopista, donde el chófer podía, si lo deseaba, activar el piloto automático y romper la formación de vehículos. Un hombre delgado con coleta, sentado en el asiento delantero del pasajero, mantenía bajo vigilancia los vehículos cercanos, y evaluaba el armamento tras gafas mejoradas que parecían ser solo gafas de sol. El hombre de la playa no iba armado, pero quizá el próximo interesado sí lo fuera.

Quinn se recostó en el asiento trasero y pensó en Caitlin. Se odió a sí mismo por no haber intuido lo que ella sentía. Por no haber sabido lo vulnerable que él mismo era cuando una mujer a quien encontraba atractiva se le ofrecía. Hacía tres años que no tenía relaciones íntimas con una mujer, por lo que era un blanco fácil para los actos de amabilidad. Unos cuantos actos semejantes acudieron entonces a su mente.

—¿Quieres que paremos en casa de Rob? —preguntó Lamar.

—No. —Ni siquiera eso. Le llamaría para despedirse de él.

Los coches aumentaron la velocidad en su camino hacia el aeropuerto. El salpicadero electrónico bullía de predicciones de tráfico poco denso. En el aeropuerto les esperaba un pequeño trayecto en hiperjet para llegar al ascensor espacial del Pacífico central. Era el momento de irse.

—¿Estás seguro de que estamos preparados? —murmuró Quinn a Lamar. Minerva solo había dispuesto de unas semanas para planear la misión. Esta vez iría armado al Omniverso, algo que odiaba, aunque no tuviese elección.

Lamar asintió.

—No fue difícil una vez pusieron sus brillantes mentes a trabajar. Un toque de nan y ya está. —Lamar sonrió, mostrando sus bien cuidados y blancos dientes, los mejores que podía comprar el dinero. Quinn no le reprochaba su vanidad. En su juventud, Lamar había sido un hombre atractivo. Ahora era algo mejor: un buen hombre. El único de toda la empresa que había defendido a Quinn cuando regresó por primera vez del Omniverso en un estado lamentable, sin recuerdos y sin su familia. «Ha perdido el juicio», había dicho Stefan Polich. Lamar había sido su único aliado y por ello había perdido su puesto en el Consejo. Ahora, se ocupaba de los asuntos de Quinn, dado que Quinn no permitiría que nadie más lo hiciera.

Parte de Quinn aún seguía pensando en Caitlin. Esperaba que no le odiara. Le vinieron a la mente cosas que debería haber dicho, y después recordó lo que sí había dicho: «No estoy en la lista de espera». Habían sido palabras bruscas y poco sutiles. Pero quizá debían serlo.

—Lamento que regreses allí —decía Lamar—. Es un lugar peligroso. Flaco favor le hago a la memoria de tu padre si dejo que te manden a ese condenado sitio.

—¿Peligroso? Van a consumir estrellas, Lamar. Beta Pictoris. El cúmulo del Trapecio. Y va a empeorar.

Lamar suspiró.

—Hijos de puta. Es como si un tigre te eligiera para ser su almuerzo.

—Mi padre querría que fuese. —Entonces, pensé de nuevo en Caitlin, pero esta vez pensar en ella no le hizo sentirse miserable—: Si no regreso, cuida de Caitlin Quinn. Mis posesiones son para ella y su familia, y encárgate de que Stefan y Helice no las huelan, y que no la molesten. Aunque ella y mi hermano no estén juntos, Caitlin sigue siendo parte de mi familia. ¿Entendido?

Lamar arqueó una ceja.

—¿Así están las cosas?

—Solo por si acaso. Ya la han amenazado. Stefan irá a por el chico. Y también Helice. Si se ponen paranoicos y piensan que les he traicionado, la aplastarán.

—Quizá Stefan lo haría, sí. Le vigilaré. —No mencionó el nombre de Helice.

Siguió un pesado silencio. Y cuanto más tiempo se prolongaba, más incómodo se sentía Quinn. ¿Había algo que debería saber? ¿Acaso no entendía Lamar el carácter de Helice? ¿O le había comprado? Odiaba albergar sospechas de Lamar más que de cualquier otra persona, pero Lamar no dijo nada. Quinn iba a dejar el futuro de su familia a su cargo, y de repente no se sentía del todo satisfecho.

—Helice es joven —dijo Lamar—. Está cometiendo los errores propios de la juventud. No le gustas, lo reconozco. Pero podrías ganártela si no fueras tan cabezota.

—No quiero ganármela. Es una niñata malévola.

—Nunca perdonas, Titus.

Quinn pasó por alto que le hubiera llamado Titus. Ahora se le conocía como Quinn, y Lamar lo sabía perfectamente.

El coche salió de la autopista; el conductor recuperó el control del vehículo y se dirigió hacia el centro urbano.

Ante la mirada interrogativa de Quinn, Lamar dijo:

—Haremos una última parada. Espero que no te importe. Es la morgue.

Cuando se detuvieron, Quinn vio a una figura de pie, con las manos en los bolsillos del abrigo, encogida para protegerse del fuerte viento que soplaba proveniente del río Willamette.

Lamar bajó la ventanilla al mismo tiempo que Stefan Polich se acercaba. Miró al interior del vehículo y a Quinn.

—¿Crees que podrías reconocer al hombre de la playa?

Le reconoció. Incluso tumbado, con los ojos cerrados y sin esa expresión burlona en su rostro. Sí, era el hombre de la parka que conocía el nombre de Quinn y conocía el nombre del Omniverso.

—Es él —confirmó Quinn. Tapó de nuevo el rostro del hombre, destrozado por un disparo en la boca.

—Se suicidó antes de que pudiéramos interrogarle —dijo Stefan—. Estaba armado, después de todo.

—¿Qué hay de los otros?

—La policía los está buscando, pero también nosotros. No creo que tengan tanto interés como nosotros en encontrarlos.

Así era, y no solo por Emily, sino porque el hombre había dicho que el Omniverso no pertenecía a Minerva. Quizá eso fuera cierto en términos generales, pero no en los términos de Minerva.

—¿Quién era?

—Su nombre es Leonard Garvey. Un ingeniero de cerebros caído en desgracia. Bebía. No hemos encontrado ninguna relación con las grandes empresas. Rezo para que trabajara solo.

—Sería una oración genial. «Por favor, Señor, protege mis ingresos». —Quinn se animó al morder el anzuelo de Stefan Polich—. Pero claro, esa es tu religión, ¿verdad?

Las luces se reflejaban en bandejas metálicas que esperaban a los muertos. Estaban solos en el laboratorio subterráneo, a excepción de Leonard Garvey, ingeniero de cerebros fracasado, secuestrador fracasado. *¿Crees que eres el único que quiere darse la gran vida?* ¿Se refería con eso a una larga vida? Si así era, y Quinn deseaba fervientemente que no, entonces aquí se conocían muchas cosas relativas al Omniverso. La gran y larga vida.

—¿De qué va todo esto? —preguntó Quinn—. No tenías que venir a la morgue.

—Nadie sabe que he venido. Necesito algo de intimidad. —Entonces dijo, con cautivadora honestidad—: No confío en todos en Minerva.

—¿De veras?

La sarcástica réplica de Quinn paralizó la conversación por un minuto, durante el cual los dos oponentes se evaluaron mutuamente. Se guardaban mutuo desprecio, y el hecho de que estuvieran en el mismo equipo no cambiaba las cosas. En el pasado, Quinn tuvo una exitosa carrera como capitán de una nave interestelar. Era un trabajo arriesgado y por tanto muy bien pagado. Pero Quinn lo habría hecho gratis. Cuando su nave se averió en el túnel Kardashev, Stefan no pudo obviar el hecho de que Titus Quinn fue, aparentemente, el único superviviente. Quinn tampoco podía obviarlo, pero eso no significaba que perdonara a Stefan por despedirle o por hacerle pilotar una nave que no estaba en perfectas condiciones.

—La verdad —continuó Stefan— es que alguien ha hablado. Alguien de mi grupo. Por eso Garvey fue en busca de tu sobrina. Por eso hay tanta gente tratando de averiguar qué es el Omniverso, y dónde está. Todo aquello por lo que hemos trabajado y que no será únicamente nuestro durante mucho tiempo. Esperábamos disponer de un par de meses. Por eso irás antes de lo esperado.

—No puedes mantener ese lugar en secreto para siempre.

—No. Pero te detendrían, Quinn. No confiarían en un piloto renegado armado con un nan militar en ese lugar. ¿Por qué iban a hacerlo? No confían en ti, y no tienen motivos, dado tu historial. Podrían acusarnos de inventarnos una amenaza. Tenemos que actuar antes de que los federales o las empresas saquen esto de quicio. Antes de que la lucha por el Omniverso nos haga perder de vista lo que debe hacerse. ¿Entiendes lo que podría implicar?

Quinn lo entendía. Creía que merecía la pena mantener el secreto para evitar que reinara el caos. No había precauciones útiles, no había ningún refugio que protegiera del holocausto. El único refugio era el mismo Omniverso. Los humanos no eran bienvenidos allí; un éxodo en esa dirección sería un suicidio.

No era una decisión que Quinn quisiese dejar en manos de las corporaciones. Así que, una vez más, y en contra de sus instintos, se encontró a sí mismo aliándose con Stefan Polich.

Stefan miró en torno suyo; la sala, perfectamente limpia, olía a antisépticos y fluidos tóxicos. Pero Quinn ya no tenía un sentido del olfato aumentado. Se lo habían implantado para evitar que consumiera toxinas en el nuevo mundo, pero Quinn descubrió enseguida que era muy difícil vivir con ciertas mejoras. Millones de años de evolución no habían preparado a los humanos para detectar olores como un depredador. Le habían extirpado el órgano de Jacobson de la boca. En ocasiones, ser simplemente humano era suficiente.

Quinn alzó la vista y vio que Stefan había cogido algo del bolsillo de su abrigo. Ahora, en su mano, había una pequeña caja cubierta de terciopelo gris.

Quinn sabía qué era. El arma. El dispositivo de nanotecnología.

Stefan abrió el estuche; en su interior, había una cadena plateada.

—Un nicho. Así es como lo llaman los diseñadores. Se coloca en el tobillo. —Guardó de nuevo la caja en el bolsillo y sostuvo el nicho con extremo cuidado—. Está cargado, ¿comprendes?

Quinn lo comprendía. Ahora era letal. Sus contenidos estaban divididos en tres cámaras, y cada una de ellas disponía de instrucciones solo parciales sobre cómo digerir un complejo industrial del tamaño de New Hampshire. Miró la cadena de metal pulido. Era atractiva, como un Rolex antiguo.

—El código es cuatro, cinco, uno —dijo Stefan—. Diez en total. Hay que pulsar la primera marca cuatro veces, la segunda cinco veces, y la última una vez. Cada marca tiene una anchura distinta, comenzando por la mayor y terminando con la menor. Una vez introducido el código, el nicho se abre y se suelta del tobillo. Entonces hay que pulsar los vínculos de nuevo en orden inverso: uno, cinco, cuatro. Activado, y listo. —Miró a Quinn—. Cuando lo hayas colocado, escóndelo. El nan necesita algún tiempo para compartir la información. Dale una hora. Una vez activado por completo, se extenderá tan rápidamente como un fuego en un bosque asolado por el viento.

Stefan apartó una silla del muro.

—Pon el pie aquí. El que sea. Veamos cómo te queda. —Le entregó el nicho.

El revestimiento de nitruro de carbono era tranquilizadamente pesado. Quinn puso el pie izquierdo sobre el asiento de la silla y enlazó los dos extremos con un *clic*. Un nan activo, de grado militar, recorría su cuerpo. «Dadme algo que no pueda perder», les había dicho. «Algo con lo que no tenga que cargar.» Y aquí estaba.

—Comprueba que puedes quitártelo —dijo Stefan.

Quinn inspeccionó la cadena y notó de nuevo las tres marcas sobre la cadena. Pulsó la secuencia: cinco, cuatro, uno. No ocurrió nada. Por un momento se le ocurrió que querían que pereciese junto con Ahnenhoon.

—Ábrelo.

Quinn así lo hizo, y la cadena se separó en sus manos.

Stefan dijo, en voz baja:

—A partir de ahora no hablaremos del nicho, y no lo miraremos. No habrá exámenes físicos. Tampoco baños, por cierto.

—¿Pero funciona en el agua?

—Sí, pero mejor no arriesgarse.

—Eso no es muy tranquilizador.

—Bien, date un baño.

Quinn miró el nicho y pensó que no le hacía falta.

—No tienes por qué hacer esto, ¿sabes? —dijo Stefan—. Podríamos enviar a otro. Podrías formar a alguien, entrenarle. No estás obligado a ir.

—¿Estás completamente seguro de esto?

Stefan miró a Quinn fijamente.

—No estamos seguros al cien por cien. Pero es lo mejor que tenemos.

Quinn apreció esa muestra de sinceridad.

—¿Realmente tengo una hora para escapar?

Stefan sonrió.

—¿Aún crees que intentamos matarte?

—¿Tengo una hora?

—No esperes una hora.

Stefan contempló el nicho que Quinn sostenía en la mano.

—¿Sabes lo valiosa que es esa cosa? Es el artefacto más caro del mundo. Te lo entregamos para que hagas lo que debe hacerse. Si no estás dispuesto, dímelo ahora.

—¿Quién más podría ir?

—Eso no es una respuesta.

—Me pareció que lo era. —Miró a Stefan Polich y se recordó a sí mismo que no estaba haciendo esto por él ni por Minerva, sino por la Rosa. Por las personas a las que amaba, por Mateo y Emily, y por todos los demás. Lo habría hecho aunque Johanna, en su mensaje, no le hubiera rogado que hiciera algo. Le había hablado en un mensaje grabado que le había enviado cuando la encarcelaron por vez primera en el Omniverso. Entonces no lo había encontrado, y nunca conoció la información que Johanna se llevó a la tumba: que los tarig querían destruirnos a todos. En su último viaje había recibido por fin la advertencia. Pero, incluso sin el estímulo de Johanna, habría tratado de detener a los tarig. Había pasado tanto tiempo cerca de ellos que había llegado a conocer sus costumbres. Nadie más tenía la menor oportunidad de detenerles.

Stefan aguardaba la respuesta de Quinn.

Quinn tomó el nicho en sus manos, se inclinó sobre la silla y lo encajó alrededor de su tobillo.

Salieron de la morgue y entraron en el pasillo en el que esperaban los guardaespaldas. La cadena dibujaba una fría circunferencia alrededor de su tobillo. Tendría que practicar para poder quitársela rápidamente.

No creía ni por un segundo que tuviera una hora para escapar.